

Oleg, Karen y la aventura del pastel

Oleg trabaja en una pastelería como repartidor, y siempre que le encargan ir a repartir tartas y pastelitos a domicilio no puede evitar comerse un bocadito de cada cosa. Su pastelero, el señor Hizarre, ha querido despedirlo muchas veces, pero nunca lo hace, puesto que Oleg es sólo un niño con una infancia difícil que necesita un trabajito para despejarse de todo.

Un día, el señor Hizarre le dijo que le habían encargado un pastel de chocolate para una fiesta, y que sería Oleg el que debería llevarlo hasta allí con su bicicleta. Así pues, cuando la tarta cubierta de una cremosa capa de chocolate fundido estuvo hecha, Oleg lo preparó todo y fue a despedirse del señor Hizarre.

—¡No te olvides nada! —le avisó el hombrecillo embadurnado de harina.

—Que no, que no... —le repitió Oleg, algo cansado de que le dijera eso siempre.

—¡Y ni se te ocurra comerte el pastel!

Oleg resopló y cogió la tarta, introduciéndola en la cestita de su bicicleta, ya lista para partir. Era consciente de que el viaje era bastante largo, y que debía marchar ya si quería llegar hasta allí a la hora indicada, así que se puso en marcha. Sin embargo, cuando hubo empezado el viaje, se paró en seco. ¡Se había olvidado de Karen, su compañera de viajes! Retrocedió y pedaleó rápidamente hasta su casa. Cogió su tarta para que nadie pudiera robársela y llamó a la puerta. Fue su madre la que le abrió.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Sin responderle, Oleg entró corriendo a la casa y subió a su cuarto donde, tal y como había imaginado, Karen estaba levitando sobre su cama, en posición horizontal, haciendo que estaba dormida.

—Karen... —le susurró Oleg, pero la fantasmita no respondió. Oleg puso la tarta sobre su cama y se preparó para gritar—. ¡Karen!

Esta vez, su amiga se sobresaltó y levitó hasta él. En cuanto Oleg le hubo contado su gran aventura, Karen sonrió y le siguió hasta abajo, donde Oleg subió de nuevo a su bicicleta y, junto a su amiga fantasmita, que volaba junto a él, prosiguieron el viaje. El niño pensó en su amiga. Sólo era una figura blanquecina y algo transparente, pero se le veían perfectamente todas las facciones que, anteriormente, fueron humanas. Su pelo largo flotaba sobre ella como una nube que la seguía a todas partes y su rostro, aunque estuviera triste por ser una fantasmita, estaba alegre por tener un amigo como Oleg, que la llevaba a todas sus aventuras.

No obstante, tras haber hablado sobre todos los asuntos infantiles, Karen se fijó en la cestita de la bicicleta de Oleg. Estaba vacía...

—Oleg —le llamó delicadamente, sin saber cómo decírselo.

—¿Qué? —respondió el niño, todo feliz.

—¿Y tu pastel?

Oleg estalló en risas sin dejar de pedalear y señaló con un dedo la cesta, pero cuando él la miró, se quedó petrificado. Era verdad... ¡su pastel! ¿Dónde estaba?

—Te lo has dejado en la cama —rió Karen.

El niño se llevó las manos a la cabeza. El señor Hizarre lo despediría. Aunque, mirando el lado bueno, ahora no podría comerse la tarta, como no la tenía... Oleg se puso a llorar y miró atrás. Estaban muy lejos de su casa, y, si iba hacia allí para recoger la tarta, no llegaría a tiempo a la fiesta y todo se complicaría mucho más de lo que ya estaba. Respiró hondo y se secó las lágrimas. Llorando no arreglaría nada. ¿O sí?

Entonces, Karen volvió junto a él y le señaló el suelo.

—Ayer llovió —le dijo.

—Ya, ¿y qué? —preguntó Oleg, sorprendido por aquella frase sin sentido.

—Que la tierra es barro.

—¿Y?

—Pues que el barro, es del mismo color que el chocolate —informó, y sólo aquello le bastó a Oleg para saber por dónde iba su amiga.

—¡No, no y no! No pienso hacer una tarta de barro.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué piensas hacer? ¿Ir a la fiesta con las manos vacías? ¿Volver a la pastelería del señor Hizarre para que te haga otra tarta y esperar su castigo? ¿Ir a tu casa a por la tarta y llegar tarde a la fiesta? Si haces un pastel de barro, se secará y parecerá de verdad, lo entregas a la fiesta y te vas para no ver cómo se lo comen, si es que se lo comen...

Oleg suspiró. Su amiga era muy sabia, a veces. Sólo a veces. Pero a veces, decía cosas absurdas. Y esas cosas absurdas podían ayudarle a él a no recibir muchos de los castigos que el señor Hizarre debió darle y no lo hizo gracias a las ideas de Karen. Así pues, Oleg y Karen se arrodillaron y se prepararon para hacer ellos mismos un nuevo pastel de “chocolate”.

—Espera, que te ayudo —dijo Karen, metiendo las manos en el barro, pero sacándolas totalmente limpias, tal y como habían estado siempre.

—No puedes —dijo Oleg con tristeza—. Eres una fantasma, todo te atraviesa como si fueras aire. Y el barro te atraviesa las manos. No te preocupes, que el pastel lo haré yo.

Diez minutos después, la obra maestra algo desfigurada de Oleg estaba en su cestita, y él y Karen, corrían como el viento hacia aquella fiesta, pedaleando con fuerza. Las manos del niño estaban sucias de barro, pero a él no le importaba. Lo único que le interesaba en aquel momento era llegar a tiempo a la fiesta. En cuanto vieron la casa, se alegraron. Habían sido unas horas duras de viaje, y estaban agotados. Oleg aparcó la bicicleta en un rincón, cogió la repugnante tarta fingiendo que le gustaba, ya que se suponía que era de chocolate, y llamó al timbre de la puerta. Cuando ésta se

abrió, apareció un hombre sucio de cabeza a pies de lo que estaba hecha la tarta: de barro.

—¡Bienvenido a la fiesta de barro! ¡Ah, la tarta! —el hombre la cogió y miró la cara sudorosa de Oleg, que temía que descubriese que no era de chocolate. Y así lo hizo—. ¡Es de barro!

Oleg se esperaba un castigo, pero no fue así.

—Gracias, es un gran detalle en la fiesta de barro. Aquí tienes el dinero.

Le tendió cuatro grandes billetes que Oleg nunca había podido tener en las manos y agradeció aquel gesto de todo corazón. Después, el niño corrió a su bicicleta y emprendió el viaje de vuelta, contento de que todo hubiera salido bien.

—Que quede claro que quiero la mitad de los beneficios —dijo Karen.

—¿Por qué?

—Pues por salvarte el pellejo. Gracias a mi idea, todo ha salido bien.

—En eso tienes razón, pero el problema es que eres una fantasma y el dinero te atravesaría las manos. Mejor te lo guardo yo —rió Oleg, siguiendo pedaleando.

Después de que Karen gruñera, los dos llegaron a la pastelería del señor Hizarre. Éste le rió tras saber lo ocurrido, pero entre ambos terminaron comiéndose la tarta de chocolate que tanto le gustaba a Oleg.

FIN